

LUIS PERICOT

## Notas paleolíticas

Os ruego que aceptéis estas breves notas como una ofrenda de admiración para el grupo abnegado de entusiastas investigadores de la historia de esa vieja tierra pirenaica y que mantienen el recuerdo de esa entidad que fue el condado de Besalú. Bien quisiera poder sumarme a vuestros afanes con alguna aportación historiográfica de interés. Sería la única manera de corresponder dignamente a los favores y atenciones que vuestro ínclito Mecenas, D. Salvador Vilarrasa me otorga generosamente. Pero en el estado actual de mis estudios, no puedo hacer otra cosa que traeros algunas reflexiones sobre lo que pudo ser el remoto Paleolítico en estas comarcas. Perdonad, pues, mi intrusión, con un tema tan vago y de escaso contenido, en vuestras doctas disquisiciones.

Sin duda, la pervivencia en el apego a la tierra de que son muestras actos como el presente, ha de responder a algo muy hondo que une un grupo humano a un paisaje y a unas condiciones ambientales de cierta permanencia.

No sería difícil encontrar en los siglos inmediatamente anteriores a la época romana una prefiguración del condado de Besalú. Algún día será posible delimitar el ámbito de las pequeñas tribus que servían de enlace entre los indigetes del llano y los ceretanos, perfectamente definidos, conservando todavía su nombre antiguo en la nomenclatura moderna. Tampoco cabe discutir el valor de la toponimia céltica que nos indica la efectividad aquí de los movimientos étnicos que tuvieron lugar en los primeros siglos del primer milenio a. de J.C.

Pero cuando queremos remontarnos más allá, cuando queremos vislumbrar el poblamiento neolítico, lo que serían por estas tierras los primeros grupos de agricultores y ganaderos, su dependencia de las poblaciones pirenaicas de las que los vascos son el último reducto, la difusión que pudo tener aquí la arquitectura megalítica, las dificultades son mayores. Todos esos elementos, sumados a los residuos de las viejas poblaciones de cazadores paleolíticos, han debido entrar en la formación de las gentes que han habitado en estas comarcas hasta la época moderna. De ello estamos convencidos aunque algunos historiadores rechacen esa continuidad y gusten de empezar la historia de nuestras comarcas en épocas más recientes tras alguna gran catástrofe política. Esto sin duda resulta más cómodo pero nos da una visión parcial y errónea del problema etnohistórico.

Ir más allá es ya terreno peligroso, aventurado, con pocos hitos visibles que eviten nos perdamos en puras nebulosas y en conjeturas indemostrables.

Sin embargo, vamos a intentarlo. Hay una razón para ello. Estas tierras que pisamos forman la última etapa de un camino por el que se pasa de España a la Galia, esto es, a Europa. Si el estrecho de Gibraltar ha sido cruzado en la remota Prehistoria —lo que es dudoso— la ruta que se utilizó para las pulsaciones étnicas y culturales de Africa a Europa y viceversa, tuvo que pasar por aquí. Los caminos del Pirineo occidental son más largos y, en algunos aspectos, más incómodos, que los del Pirineo oriental, viniendo por la costa, benigna, del Mediterráneo y

que llevan a los caminos del Ródano y el Po, siguiendo los cuales se llega a los Balcanes y de allí al Próximo Oriente, enlace con el mal conocido mundo asiático y con el Africa oriental.

El hecho de que el llano ampurdanés no estuviera consolidado y apareciera como zona baja y pantanosa en trance de relleno y de incorporación de la isla formada por el macizo cretácico del Montgrí, obligaba a los grupos migratorios a seguir, al margen del Ampurdán, por los caminos de la Garrocha, en busca de los pasos que conducen a tierras francesas. Lástima que no tengamos todavía un estudio geológico suficiente del proceso de relleno cuaternario de los llanos ampurdaneses, con el que, además, sería posible resolver la discutida cuestión del supuesto desvío del Ter o de uno de sus brazos, por el Conde de Ampurias, e incluso señalar el cambio climático que originó la aparición de la tramontana.

Aquella ruta que indicábamos, nos la marcan varios capitales hallazgos prehistóricos de todos bien conocidos y que vamos a valorar, en función de este papel de enlace que asignamos a las tierras del muy posterior condado de Besalú.

No dudamos de que algún día esta ruta nos dará vestigios de los primeros hombres que poblaron la tierra ¿*Homo erectus*? ¿*Homo habilis*? Quién sabe. Los hallazgos de industrias derivadas de la *pebble-culture* junto con la relativa proximidad de los pitecantrópodos norteafricanos permiten tener esta esperanza. Recuérdese además la serie de yacimientos con utillaje de *pebble-culture* en las regiones de Toulouse y de Narbona.

Con la aparición indudable del *Homo sapiens* las cosas toman un aspecto menos nebuloso. Y de este momento ya estamos seguros que nuestras comarcas estaban pobladas y conocían los primeros pasos en el camino de una verdadera cultura, con claros indicios de espiritualidad. Un vestigio directo de aquella variedad humana se nos ha conservado por fortuna. Es la famosa mandíbula inferior descubierta por D. Pedro Alsius, que sus nietos guardan con tanto celo, y hoy perfectamente limpia gracias a la paciente labor de mi colega el profesor Alcobé. Yo no le daría una antigüedad menor de 40.000 años y probablemente tenga más.

Por fortuna hoy la mandíbula de Bañolas no es más que un eslabón de una cadena que une los yacimientos musterienses con una línea ininterrumpida de estaciones a lo largo de la costa mediterránea española, tanto con hallazgos de utillaje musteriense como de restos óseos de su autor, el *Homo sapiens neandertalensis* o *H.s. primigenius*, como ahora se le conoce, muy acertadamente, frente al *H.s. sapiens* que corresponde al hombre moderno y sus razas a partir del hombre de Cro-Magnon.

Esta línea de yacimientos acaso la veríamos mejor definida si pudiéramos explorar las terrazas costeras hoy bajo las aguas pero emergidas en los momentos más extremados de la primera mitad del Würm. Nos lleva hasta un punto tan sugestivo como es el Peñón de Gibraltar, uno de los centros capitales del musteriense y del *H. s. primigenius* de todo el Occidente de Europa. Durante docenas de miles de años, ese hombre, ya *sapiens*, estuvo allí, en el Peñón, contemplando las vecinas costas africanas, donde por fin se han encontrado, de manera indudable, restos musterienses y hombre de Neandertal. ¿Quién va a creer que aquel estrecho paso no fue cruzado, infinidad de veces, en uno y otro sentido?

Aquella era la última estación de Europa, mientras las de la comarca Bañolas-Seriñá eran las primeras una vez cruzada esa barrera que fue siempre el Pirineo. ¡Cuántas veces fue recorrido este camino! ¡Cuántos millones de útiles musterienses

y cuántos miles de vestigios óseos de sus autores están esperando, en yacimientos a lo largo de este camino que empieza aquí donde estamos ahora, la azada del excavador! Eran pocos individuos, acaso no más de un millar, a lo largo de la ruta que hemos marcado, pero pudieron estar aquí durante decenas de miles de años. Nuestro cálculo es, pues, todavía moderado.

Pero respecto de aquella época tan remota, nuestra comarca nos plantea otro problema muy interesante. El de interpretar tres yacimientos, uno en Serriñá (Cueva de Mollet) y otros dos en el Montgrí (*Cau del Duc* en Torroella y *Cau del Duc* en Ullá). Tales yacimientos nos dan una industria, principalmente de cuarcitas, que puede compararse con la *pebble-culture* o la técnica de los *choppers*. El hecho de que la industria asturiense, atribuida al Mesolítico, sea una industria de *choppers*, más o menos evolucionada, explica que cuando excavamos con Pallarés, en 1922, las cuevas del Montgrí, nos inclináramos, de acuerdo con la opinión de Obermaier, por relacionarlas con el Asturiense, relegándolas al Mesolítico, a fechas recientes (octavo milenio a.C.). Más tarde, nuestro infatigable y experto arqueólogo bañolense, Dr. Corominas, excavó la cueva de Mollet y aún recuerdo nuestras comunes dudas sobre su clasificación.

Ahora, los estudios de Lumley y de Ripoll, y dada la autoridad del primero hemos de tener muy en cuenta sus ideas, ligan tales yacimientos al Musteriense. Creo que el problema no está resuelto definitivamente y no es este el lugar de discutirlo en detalle. Por mi parte estoy dispuesto a aceptar ese cambio radical de punto de vista, tanto más cuanto no puedo olvidar que en 1922, con el afán renovador de los jóvenes, yo me inclinaba por una fecha antigua para los yacimientos del Montgrí. ¿Qué pensar entonces? ¿Nos hallamos ante los vestigios de una Humanidad pitecantrópica de la que aún no tenemos restos antropológicos? Sería sensacional que un día pudiéramos encontrar tales vestigios. Acaso en este extremo pirenaico quedaron elementos arrinconados de poblaciones primitivas sobre las que se superpusieron verdaderos musterienses llegados de más allá del Pirineo. O tal vez podemos imaginar unos musterienses aislados y empobrecidos, conservando o restaurando técnicas toscas y muy viejas.

Será mejor, ante lo difícil de saber qué se esconde tras un número tan escaso de datos, que dejemos planteado el problema y no echemos a volar la fantasía en busca de una explicación convincente.

Cuando llegamos al final de la época glacial, el panorama humano se modifica por completo. El *Homo sapiens sapiens* está ya aquí. Mucho me arriesgué definiendo como primeros españoles a las gentes del Paleolítico superior de la Península. Otra vez vemos nuestras comarcas sirviendo de recepción de las corrientes culturales de allende el Pirineo y de inicio del camino que de nuevo va bordeando el Mediterráneo hasta las costas que se hallan frente al Africa. Y otra vez disputamos si el hombre, ya muy progresivo, habrá cruzado o no el trecho de mar que le separaba de Africa.

El Paleolítico superior de las comarcas que van desde Gerona a Besalú y al Pirineo, es uno de los más interesantes de España y su origen francés tampoco ofrece dudas. Elementos auriñacienses y gravetoides parecen poner la base a la etnia moderna del país. Los datos que poseemos son más abundantes y explícitos. Y sin embargo, ¡cuántos enigmas todavía! El solutrense de San Julián de Ramis o de Serriñá tiene ya algún rasgo que le liga al curioso solutrense hispano. Quisiéramos comprender el fenómeno solutrense, sin conseguirlo.

Con el Magdaleniense nos hallamos ante algo muy nórdico y que, sin embargo, encontró en la puerta de estas tierras de la Garrocha un portillo que le permitiría alcanzar las ricas tierras valencianas (aún hace pocas semanas, una cueva de Cullera ha dado un bastón de mando magdaleniense) y más lejos aún, la región de Málaga y acaso ese lugar tan esencial para explicar la Historia de España de todos los tiempos que es Gibraltar. Alrededor de unos siete mil años pudo vivir en nuestras comarcas la cultura magdaleniense. El escamoteo en ellas de los vestigios de su primero y segundo períodos constituye siempre un enigma. La presencia de vestigios de reno en Serriñá es otro. No lo es menos el imaginar qué pasó con los elementos de población llegados con el Magdaleniense. Acaso fueron retirándose hacia el Pirineo occidental, formando una de las raíces del pueblo vasco.

En cualquier caso, esas tierras de Gerona a Besalú, han sido, en los últimos cincuenta mil años por lo menos, zona de penetración de gentes ultrapirenaicas y vestíbulo cultural hacia el sur por la ruta mediterránea costera. Un papel que en siglos muy posteriores siguió representando, pero ya con la fortuna de que se pueda seguir en sus detalles gracias a documentos escritos de que nosotros carecemos. Miseria de la Prehistoria.